

La noche se hace larga

El pasar de los meses de pandemia, con sus momentos de mejoras y sus oleadas amenazadoras, está dejando una profunda huella en los corazones.

Para un buen número de personas, el Covid-19 ha provocado heridas casi imborrables, sea por haber padecido la enfermedad, sea por haber visto sufrir a los seres queridos, sea, dramáticamente, por la muerte de familiares y amigos, sea por la duración de cuarentenas preventivas nada fáciles de sobrellevar.

Para casi todos, los meses, que se hacen cada vez más largos, han significado y significan desajustes inesperados, cambios de planes y en los estilos de vida, incomodidades, restricciones, miedo, y un sinfín de consecuencias dañinas.

Si añadimos, además, las enormes, y todavía no evaluables, secuelas para la vida económica y social, el panorama puede parecer sobrecogedor, sobre todo porque no sabemos si algún día volveremos a vivir con la paz y la libertad que gozábamos antes de que iniciase la pandemia.

A todo ello se suma el desasosiego que produce constatar cómo algunas medidas impuestas por las autoridades y asumidas por la gente con la esperanza de llegar a resultados satisfactorios, en no pocos casos han resultado insuficientes, si es que no han sido más dañinas que beneficiosas.

Muchos, por ejemplo, esperaron (y esperamos) que serían encontradas vacunas eficaces que no provocasen graves daños colaterales, con las cuales pronto se alcanzaría una suficiente seguridad de grupo ante el coronavirus.

La realidad, sin embargo, ha mostrado un panorama complejo, al constatar cómo países con un alto índice de vacunados han sufrido por la llegada de nuevas olas de la epidemia, o cómo también eran hospitalizados y morían (dicen que en un porcentaje bajo, pero no por ello tranquilizante) quienes habían recibido aquellas vacunas que prometían un alto nivel de eficacia.

Sin embargo, las sombras acumuladas en el horizonte humano desde inicios del año 2020 (o finales de 2019) no pueden oscurecer tantos gestos de solidaridad, de servicio, de entrega, sobre todo del personal sanitario (mé-

dicos, enfermeros), y de quienes, en la familia y en otros ámbitos sociales, han dedicado tiempo y energías para servir a los enfermos.

El Papa Francisco, en la encíclica *Fratelli tutti*, nos recordaba que

la reciente pandemia nos permitió rescatar y valorizar a tantos compañeros y compañeras de viaje que, en el miedo, reaccionaron donando la propia vida. Fuimos capaces de reconocer cómo nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes que, sin lugar a dudas, escribieron los acontecimientos decisivos de nuestra historia compartida: médicos, enfermeros y enfermeras, farmacéuticos, empleados de los supermercados, personal de limpieza, cuidadores, transportistas, hombres y mujeres que trabajan para proporcionar servicios esenciales y seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas comprendieron que nadie se salva solo (*Fratelli tutti*, n. 54).

Además, la pandemia se ha convertido en una especie de acicate que sirve para romper con visiones insuficientes, egoístas, cerradas a la verdadera caridad y a la transcendencia. Ello ha facilitado descubrir que el sentido completo de la vida se encuentra en un nivel superior.

Así lo explicaba el Papa Francisco en su última encíclica: «El dolor, la incertidumbre, el temor y la conciencia de los propios límites que despertó la pandemia, hacen resonar el llamado a repensar nuestros estilos de vida, nuestras relaciones, la organización de nuestras sociedades y sobre todo el sentido de nuestra existencia» (*Fratelli tutti*, n. 33).

La pandemia de Covid-19, que ha generado un sinnúmero de daños en casi toda la humanidad y ha destruido “seguridades” que han demostrado ser muy poco seguras, ha destacado la importancia de la caridad. Al mismo tiempo, ha desvelado lo urgente que es vivir en la auténtica esperanza cristiana.

No es verdadera esperanza la que se basa en nuestras fuerzas, en nuestros bienes, en nuestros almacenes, en nuestra salud, en nuestro dinero, en nuestros servicios públicos. La verdadera esperanza inicia, según explicaba G.K. Chesterton, cuando no hay motivos para esperar... «La esperanza significa esperar cuando la situación resulta desesperada, pues si no, no es virtud ni es nada» (G.K. Chesterton, *Herejes*, capítulo XII).

En la obra que acabamos de citar, Chesterton añadía: «La esperanza es el poder de permanecer alegres en circunstancias que sabemos desesperadas. Es cierto que existe un estado de esperanza que pertenece a las brillantes perspectivas del mañana, pero esa no es la virtud de la esperanza. La virtud de la esperanza existe solo tras un terremoto, durante un eclipse».

Sí: la esperanza empieza cuando ya no tenemos agarraderas, cuando los motivos humanos de nuestras seguridades se desvanecen, cuando una epi-

demia, un accidente, o la pésima gestión de algunos gobernantes, nos privan de bienes fundamentales.

Sobre todo, la esperanza ha adquirido un valor extraordinario en estos meses que han mostrado lo fútil y lo inestable que es todo lo humano, también aquello que parecía estar garantizado por los admirables progresos de la ciencia y la medicina, que no han sido capaces de evitar la tragedia de estos años.

En la encíclica *Spe salvi*, el Papa Benedicto XVI exponía elementos fundamentales de la esperanza cristiana, que valen para cualquier situación humana y, de modo especialmente intenso, para la época que estamos viviendo tras la explosión de la pandemia.

«La verdadera, la gran esperanza del hombre que resiste a pesar de todas las desilusiones, solo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando hasta el extremo, hasta el total cumplimiento (cf. *Jn* 13,1; 19,30)» (*Spe salvi*, n. 27, cf. n. 31).

Por eso, a pesar de todos los fracasos y las frustraciones que hemos experimentado (y que experimentamos todavía) por causa del Covid-19, y de tantos otros males que caracterizan nuestro tiempo, tenemos la certeza de que Dios no nos ha abandonado y de que nos acompaña en la barca zarrandeada por las olas de la tempestad.

Recordamos con viveza las palabras de oración del Papa Francisco el 27 de marzo de 2020, en una Plaza de San Pedro vacía y bañada por la lluvia, cuando apenas estábamos en los primeros momentos de esta terrible tragedia:

El Señor nos interpela y, en medio de nuestra tormenta, nos invita a despertar y a activar esa solidaridad y esperanza capaz de dar solidez, contención y sentido a estas horas donde todo parece naufragar. El Señor se despierta para despertar y avivar nuestra fe pascual. Tenemos un ancla: en su Cruz hemos sido salvados. Tenemos un timón: en su Cruz hemos sido rescatados. Tenemos una esperanza: en su Cruz hemos sido sanados y abrazados para que nadie ni nada nos separe de su amor redentor.

En medio del aislamiento donde estamos sufriendo la falta de los afectos y de los encuentros, experimentando la carencia de tantas cosas, escuchemos una vez más el anuncio que nos salva: ha resucitado y vive a nuestro lado.

El Señor nos interpela desde su Cruz a reencontrar la vida que nos espera, a mirar a aquellos que nos reclaman, a potenciar, reconocer e incentivar la gracia que nos habita. No apaguemos la llama humeante (cf. *Is* 42,3), que nunca enferma, y dejemos que reavive la esperanza (Papa Francisco, Atrio de la Basílica de San Pedro, 27 de marzo de 2020).

La noche de la pandemia del Covid-19 se hace larga. Pero todo creyente sabe que la noche ha sido vencida por la verdadera aurora de la humanidad. Cristo, después de resucitar del sepulcro, ha iluminado el mundo entero. Ahora, sentado a la derecha del Padre, intercede por nosotros.

Desde el cielo, Jesús acompaña a la humanidad en todos y cada uno de los momentos de nuestra historia. También en este periodo difícil en el que, junto a tantos males que siguen entre nosotros, se ha difundido una epidemia que ha mostrado que «no tenemos aquí ciudad permanente, sino que andamos buscando la futura» (*Hb 13,14*).

Ecclesia*

* El presente editorial ha sido preparado por el P. Fernando Pascual, L.C., profesor de filosofía del Ateneo Pontificio *Regina Apostolorum* y director de *Ecclesia*.